

VERS LA PENSÉE UNIQUE. LA MONTÉE DE L'INTOLÉRANCE DANS L'ANTIQUITÉ TARDIVE

POLYMNIA ATHANASSIADI

Les Belles Lettres (Col. Histoire), Paris, 2010 (181 pp.). ISBN: 978-2-251-38100-8.

En la tarde del 11 de mayo de 2010 tuve la oportunidad de asistir entre el público a la presentación de esta obra que ahora reseño en el *Institut Européen en Sciences des Religions* del *École Pratique des Hautes Études* de la Sorbonne. Al lado de la autora y rodeado por otras eminentes personalidades académicas, presidía la sesión el profesor Pierre Chuvin, quien, con mano maestra, supo moderar un apasionante e intenso debate. Debo admitir que su atenta lectura posterior no defraudó, ni mucho menos, las expectativas despertadas en mí durante aquella larga velada. Me encontraba, en efecto, ante una visión ideológica de la Antigüedad tardía proyectada desde un ángulo, en cierto sentido, diferente. Su autora defendía la superposición en Oriente del cristianismo en un mundo dominado por el helenismo, entendido éste como una síntesis irreductible entre el elemento griego y el substrato oriental que, cambiando ciertamente su «sustancia», logró prolongarse hasta Roma y que, de alguna forma, todavía mantuvo su hálito vital en época tardoantigua.

Con la transformación ideológica y filosófica de la cosmovisión del mundo romano a partir especialmente del siglo II d. C., la profesora Athanassiadi trata de explicar las razones por las que se llegó a la implantación de un pensamiento único y universal que dio lugar a una situación generalizada de intolerancia en el mundo ro-

mano. Ha de admitirse, en primer lugar, que el hecho crucial de la Antigüedad tardía fue la transformación de la «romanidad» en «cristiandad» o, si se prefiere, la preeminencia de la creencia religiosa como principal elemento que determinaba la identidad social del individuo dentro de un mundo que, en palabras de la autora, se mostraba cada vez más «globalizado» (p. 22). Por medio de la antítesis de dos oportunos neologismos, P. Athanassiadi sostiene que el cénit de la permisividad intelectual y espiritual (el estado más elevado de *polydoxia*) se situaría en el siglo II de nuestra era, mientras que, a partir de ese momento, los respetuosos valores que habían caracterizado al helenismo comenzaron a experimentar un progresivo e imparable movimiento inverso hacia un pensamiento único y excluyente (la *monodoxia*).

Tras su pertinente introducción y un primer capítulo en el que se exponen diversas visiones historiográficas sobre el significado de la Antigüedad tardía, comienza esta obra con el estudio de la noción de intolerancia como «principio exegético» de los cambios radicales que aparecieron en el mundo romano, seguidos de la transformación psicológica, ideológica y social de un mundo que, si bien hasta entonces había sido concebido de acuerdo con la medida del hombre, habría de construirse en adelante para «mayor gloria de Dios». Nuestra autora se sumerge de forma muy eficaz en los múltiples factores que precipitaron la conversión de una mentalidad antropocéntrica en otra de signo teocéntrico (p. 40). La defensa a ultranza de un pensamiento único comenzó a exigir un comportamiento agresivo e intolerante que, en contra de lo que podría pensarse, se nutrió de lo que Athanassiadi ha denominado la «banalización de la violencia» en la cultura romana. El primer aspecto estaría determinado por la secular concentración del poder a través de una fuerte centralización administrativa y el segundo por la indeleble marca dejada en la cultura romana por la violencia que emanaba del anfiteatro (pp. 44 y ss.). Así es como, en opinión de la autora de esta obra, el Imperio romano prestó a la nueva religión los fundamentos mismos de la intolerancia y la imposición por la fuerza de un pensamiento único y excluyente. La persecución de Decio (249-251), consecuencia de la instauración violenta del paganismo como una «religión de Estado», constituye una etapa crucial en la dirección que habría de tomar el Imperio hacia la teocracia. De hecho, «Dèce inaugure une politique et lance un modèle d'action qui seront suivis sur une échelle plus large et perfectionnés par les empereurs du IV^e siècle» (p. 50). Ahora bien, sin la modulación ideológica que imprimió al pensamiento histórico-político tradicional Eusebio de Cesarea, difícilmente podría haberse llevado a cabo la metamorfosis del Imperio pagano en el Imperio cristiano a partir de principios del siglo IV. De hecho, su radical interpretación cristiana de la historia de la humanidad y, especialmente, su formulación de una nueva teología política en la que se representaba al poder terrenal como el reflejo del poder celestial y al emperador como el legado de Cristo en la tierra, constituyó un auténtico cataclismo ideológico para la tradición política y filosófica romana (pp. 65 y ss.). A partir de entonces, la historia y la política serían contempladas a través del prisma de la teología.

Tanto en su dimensión temporal como espiritual, Constantino y sus sucesores pusieron en práctica, con mayor o menor éxito, el modelo político eusebiano (pp. 76 y ss.). Sólo con Juliano se llegará a una concepción del poder que podríamos denominar «híbrida». Gracias a sus escritos, podemos seguir el «itinerario atormentado» de un pensamiento político que, desde una perspectiva inicial «republicana», desembocará en una concepción teocrática del poder próxima a los postulados defendidos por el neoplatonismo (esp. pp. 87 y ss.). Integrado plenamente en el ambiente filosófico de su época, dominado en el universo pagano e influido en el universo cristiano por el movimiento neoplatónico, el gobierno de Juliano constituye, aunque a través de una fuente ideológica colateral, una etapa importante en el camino de la sociedad romana hacia la asunción de la cultura de la *monodoxia* (p. 91). Llegados a un mundo en el que el poder se ha adueñado de la violencia teológica, nos hallamos en plena «transición» del paganismo al cristianismo, de la dimensión política al universo religioso y del pluralismo al integrismo. La *polis* cede definitivamente su lugar a la comunidad religiosa como punto de referencia de la identidad del individuo en la sociedad romana. Puesto que el poder civil ha sucumbido ya a los dictámenes eclesiásticos en tanto que reguladores del correcto comportamiento espiritual del individuo, los malos hábitos y los peligrosos pensamientos (fundamentos mismos de la herejía) debían ser cercenados por medio de la ley y el canon (pp. 106 y ss.). El propósito último no era otro que salvar las almas a pesar de ellas mismas. Desde las instancias del poder (civil y eclesiástico), se reescribe la Historia, se codifica el conocimiento y se activan medidas de censura, prohibición, persecución y otros procedimientos restrictivos encaminados a procurar dicha «salvación».

Si bien es cierto que existieron varios peldaños y niveles en el ejercicio institucional de la violencia, que podría parecer, desde la perspectiva del poder, como necesaria, no sólo en época tardo-antigua sino incluso en nuestro propio mundo actual, convendría preguntarse «dans quelle mesure les victimes de l'intolérance étaient-elles horrifiées, ou même déconcertées, par l'application de ce concept?» (p. 17). ¿Dónde hallar la respuesta? (vid. una pista en la p. 121).

Hubo, ciertamente, algunos personajes que, como Procopio de Cesarea, Juan de Lidia, Agatías y su círculo de intelectuales, lograron con esfuerzo ímprobo vivir al margen de la mentalidad de la época y «étaient d'autre horrifiés par la culture de la voix unique» (p. 119). Fueron tenidos, no obstante, por excéntricos o reaccionarios. Y, aun así, estos «extranjeros» de la Antigüedad tardía han sido presentados a menudo por la historiografía tradicional como personajes plenamente integrados en la sociedad, no como reprobadores de la misma. Se trata de excepciones que, junto a las figuras del «sabio» o del «loco» de época bizantina, vivirán al margen de los valores imperantes en el mundo tardo-antiguo (pp. 124 y ss.). En el epílogo del libro se presta atención precisamente a estos «contrapuntos», muchos de los cuales (entre los que se encuentran Máximo el Confesor y Simeón el Loco) vivieron dentro de la corriente mística que reaccionó de una forma inusual a la dogmática impuesta por el Estado y la Iglesia. «Fous en Dieu según

las palabras finales de P. Athanassiadi «vivant dans la société des hommes ou solitaires retirés dans leur cabinets d'étude, maîtres oraux de la sagesse populaire ou théologiens enracinés dans une tradition savante, ces dissidents de la spiritualité qui sèment la grâce divine sont pour le monde byzantin l'étoffe de la continuité entre l'ici-bas et l'au-delà, mais aussi entre le passé et l'avenir historique, le trait d'union entre l'hellénisme et un islam "alternatif"» (p. 132).

Raúl GONZÁLEZ SALINERO
UNED. Madrid